

BOTANICA
CELESTES



Fotos de SILVIO POSADA



JOSÉ ANTONIO DÍAZ CORREA

¿Arte topiaria? Me suena a chino. Al otro lado del teléfono, Fernando Valero me pone en antecedentes. Topiario significa jardinero y ahora se usa ese término para denominar a la jardinería de recorte de seto. Daniela Cattaneo, directora de *Vogue España*, me pidió que buscara al mejor jardinero español en esta especialidad. Sentada frente a los jardines del Buen Retiro, recién llegada a nuestra ciudad, pensaba que tenía que haber excelentes artistas entre la profesión. Después del primer ataque de pánico —tan lejos está uno de los saberes tradicionales—, llamé a un jardinero urbano, culto, que ejerce su profesión con irónica pasión. Fernando Valero fue uno de los artífices del nuevo proyecto de remodelación de los extraordinarios jardines que rodean el Monasterio de Yuste en Cáceres, y no dudó un instante al pronunciar el nombre de José Antonio Díaz Correa. La empresa requería de cierta prudencia, porque este

LO QUE TENEMOS ANTE LOS OJOS HA TARDADO EN FORMARSE QUINCE AÑOS, Y UNO SOLO DE DESIDIA BASTARÍA PARA DESTROZAR ESTA MARAVILLA.

jardinero iluminado, que ha transformado la vida de Losar de la Vera, no es un gran partidario de la publicidad. Realiza su trabajo con la delicadeza y la tenacidad de un misionero, y su alto grado de sabiduría le mantiene apartado de una fama que, a pesar suyo, se extiende. Fijamos la cita en su pueblo y nos encaminamos hacia él con respeto y curiosidad.

Nueve de la mañana. Atravesamos una neblina dorada y a través del vapor se perfilan grandes secaderos de ladrillo para tabaco, una de las riquezas de la zona. Abundantes bosques y vegetación sensual. Estamos en un verdadero microclima, porque la zona de la Vera de Plasencia es un paraíso vegetal, silencioso y exuberante. Los antiguos historiadores romanos decían de esta zona que cuando los dioses abandonaron la tierra fueron vistos allí por última vez. Y es verdad, su aura impregna la gozosa naturaleza, y sus caprichos estéticos han encontrado dignos herederos.

A las diez, pasado el monumental pueblo de Jarandilla, llegamos a la plaza en donde nos espera nuestro hombre. Losar de la Vega es un pueblecito de casas bajas en donde un día sus habitantes se levantaron entre jugosos setos verdes que

dibujaban figuras fantásticas. A uno y otro lado de la carretera, se alza el singular trabajo que recibe a los visitantes asombrados. Un pueblo entero tomado por un maravilloso jardín de setos recortados y arcos de rosas. La madreselva y los muros por los que trepa la blanca y perfumada celinda hacen más intensa la impresión de un tiempo detenido y condesado por la mano milagrosa de un hombre.

Está de pie, vestido con mono y botas de faena. Ojos intensamente azules, limpios y serios, dignos de alguien que no necesita más que sus manos para hacer la vida más apacible. Habla con parsimonia y nos acompaña de trabajo en trabajo para explicarnos las variedades de plantas y el desarrollo de su infatigable labor. Lo que tenemos ante los ojos ha tardado en tener forma casi quince años, y uno sólo de desidia o abandono bastaría para destrozar toda esta maravilla. «Esto es una herencia. Mi maestro, Vicente Mateo Domínguez, me lo enseñó todo. Yo tenía veintiún años cuando empecé a trabajar con él, y cuando se suicidó, hace nueve, me dejó una carta escrita en la que me decía que si no me sentía con fuerzas para cuidar de todo, que lo arrancara o lo cortara. Yo lo estuve pensando, pero comprendí que era mi vida, y aquí estoy.»

Recorremos la carretera que parte el pueblo en dos. Vamos parándonos en cada seto recortado y nos explica el tipo de planta de la que está hecho, su mejor momento y los problemas para que se avengan a la forma que quiere darles.

Hay algunas que se resisten, otras, a las que el viento inclina un poco y, por fin, aquellas a las que el agua inunda y con el pe-

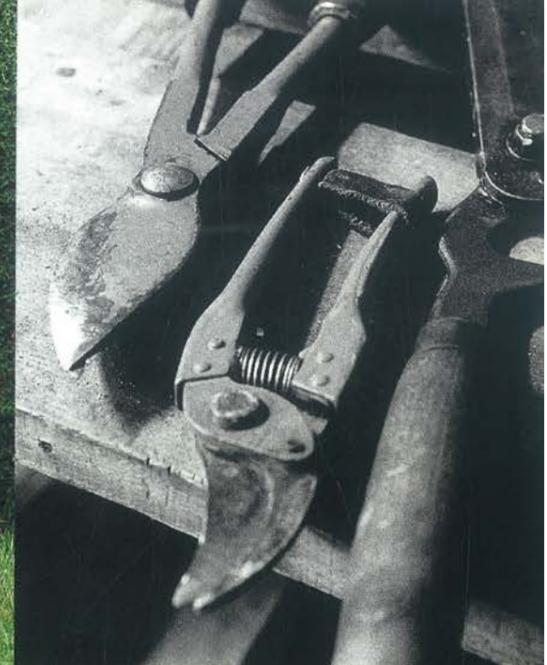




so pierden la silueta. Es un perseguidor paciente de perros, noctámbulos de litrona y pájaros que siembran su trabajo de nidos. Vigila cada recodo y se lamenta sin fiereza de los estragos de las costumbres modernas en esos setos tan delicadamente cuidados. Y es verdad, no son setos comunes. Espesos, vivísimos, recortados con primor, sostenidos con mansedumbre. Sus útiles de trabajo no son nada sofisticados: tijeras de todos los tamaños, cortadoras, botas que pesan y que le agotan. En su cobertizo hay algunas planchas de metal con siluetas de ciervos y un cactus rescatado de la barbarie.

«Trabajo con semillas de invernadero y con distintas clases de plantas, según lo que quiera. Tengo un ayudante, Rafael Berrocoso, y espero que este saber se transmita, porque si nos fuéramos del pueblo, todo esto se perdería. Yo ahora estoy con-

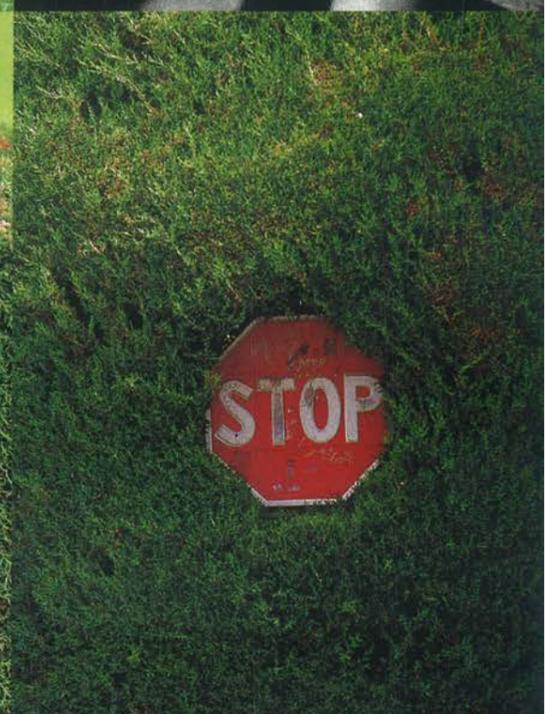
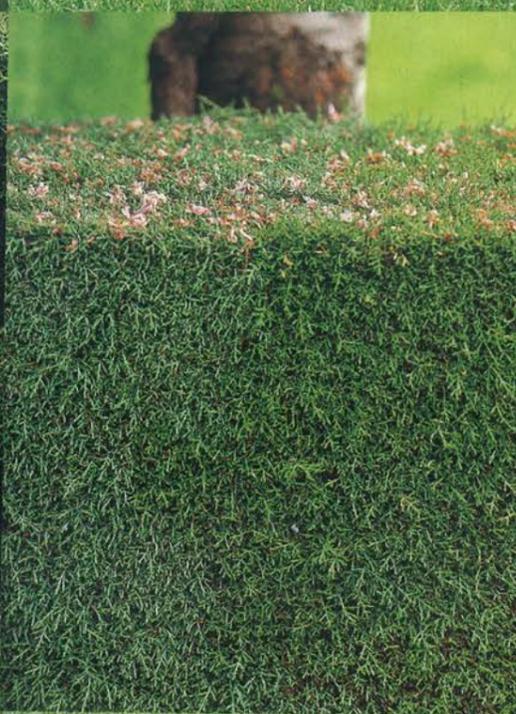
A veces, las figuras tienen un tamaño descomunal y sobrepasan los niveles de los tejados. Hemos tenido que recabar la ayuda de los niños que nos rodean curiosos para poner telones detrás. El pueblo entero ha colaborado y los viejos se acercan para explicarnos cómo en cien kilómetros a la redonda el ejemplo cunde y todos tratan de copiar a Losar de la Vera. «Se podan unas cuatro veces al año y tienen pocas plagas, la cochinilla, por ejemplo; pero lo que más daño les hace es la gente, cuando no los respeta y se cuelga de ellos. Yo creo que la próxima ge-



«LO QUE MAS DAÑO LES HACE ES LA GENTE, CUANDO NO LOS RESPETA Y SE CUELGA DE ELLOS. CREO QUE LA PROXIMA GENERACION TENDRA MAS CUIDADO.»

tratado por el Ayuntamiento, pero eso no significa nada. Tiene que gustarte mucho porque si no... También trabajo los días de fiesta porque las plantas no esperan.»

Hay ciervos hechos de arizónica de semilla y fruteros de verde brillante de la variedad *thuxea orientalis*. A veces, combina la arizónica con el hidrocedro, y otras, deja que la *cupreus fatigata* se empeñe en llegar al cielo. Los brotes de *avis picea* destacan sobre la superficie de una figura geométrica. En cada caso, una textura diferente y razonada, y un respeto por la planta y su desarrollo. «Este jardín está en su apogeo en agosto, recién cortado, pero son plantas que requieren una cierta humedad y, por otro lado, hay que vigilar constantemente la del suelo, el drenaje adecuado.» Se detiene cortésmente mientras nos ve tocar y después indagar dentro de cada una de las figuras. «Están sin coser, no hay nada que no sea la estructura de la propia planta domada desde su nacimiento.» Uno esperaría ver plantas rígidas y un poco mortecinas, pero lo sorprendente es la admirable flexibilidad de los troncos y la tupida y carnosa apariencia de todos los setos. A José Antonio le han ofrecido trabajar en jardines lejanos, pero él siempre dice lo mismo: este es mi jardín y no puedo abandonarlo.



neración, los niños de ahora, tendrán más cuidado y que todo esto no será en vano.» José Antonio tiene dos hijas gemelas que nos saludan desde lejos.

Su vida está aquí, entre jardines y montes. Es un milagro cotidiano y un alivio pensar que la tradición de un oficio antiguo y difícil no se pierde, y que hay un hombre callado que se levanta por la mañana para cuidar de un tesoro público, de un cielo en la tierra. Cuando nos despedimos de él, nos embarga una especie de tristeza. Dejamos atrás los fabulosos seres vegetales y a su guardián, con la seguridad de que mientras él tenga aliento, el jardín vivirá. ■ *María Vela Zanetti*

